

que podía dar de sí la dirección de las operaciones militares desde tan lejos (1). Mientras en España estábamos evacuando á Portugal y Galicia, Napoleón en Schönbrunn no había llegado á ver más que los primeros actos de la entrada de Soult en Portugal y el descenso del mariscal Ney al litoral de Galicia. Lo mismo que José, había visto con sentimiento desatendidas las comunicaciones entre los dos mariscales, y al mariscal Mortier ocioso en Logroño; Napoleón que era mejor juez que su hermano, y árbitro omnipotente de la marcha de las cosas, había desaprobado lo que estaba pasando y se había propuesto remediarlo inmediatamente. Nada le pareció mejor para este objeto que reunir bajo una sola autoridad los tres cuerpos de los mariscales Soult, Ney y Mortier; é ignorante de la posición en que á cada uno de ellos habían puesto los acontecimientos, confió el mando en jefe al mariscal Soult por antigüedad. El despacho que dirigió con este motivo al ministro de la Guerra decía así: «Enviaré usted un oficial de estado mayor á España con orden de que los cuerpos del duque de Elchingen, del duque de Treviso y del duque de Dalmacia formen un solo ejército bajo el mando del último. Estos tres cuerpos deberán maniobrar juntos, marchar contra los ingleses, perseguirlos sin descanso, batirlos y repelerlos á la mar. Dejando á un lado consideraciones, doy el mando al duque de Dalmacia como más antiguo. Estos tres cuerpos deben reunir de cincuenta á sesenta mil hombres, y si su reunión se verifica prontamente, los ingleses deben quedar batidos y los negocios de España terminados. Pero es menester proceder de consuno y en pequeñas porciones; esta que es una regla general en todas partes, es mucho más inevitable en un país como ese donde no hay medios de comunicación. No me es posible designar el punto donde debe verificarse la reunión, porque ignoro lo que podrá haber ocurrido. Envíe usted esta orden al rey, al duque de Dalmacia y á los otros dos mariscales por cuatro vías diferentes.» Cuando este despacho llegó á España, que fué á fines de junio, causó gran sorpresa, no porque se desaprobaba la reunión de los tres cuerpos bajo un solo caudillo, sino porque todos juzgaron imposible el hacer servir juntos á los mariscales Ney, Mortier y Soult, y más aún á los dos primeros bajo las órdenes del último. Muy de otro modo en verdad habría Napoleón arreglado su plan si se hubiese hallado presente; habría dejado, como con mucha razón se lo indicó José, al mariscal Soult en el Norte de España, y enviado los mariscales Mortier y Ney al Tajo para reforzar al mariscal Víctor, que iba á necesitar grandes elementos contra las fuerzas reunidas de España é Inglaterra. Que si el mariscal Ney, que por sus grandes pretensiones y su carácter impetuoso era poco á propósito para servir con otro jefe que no fuese el mismo emperador, no hubiese po-

(1) Estos hechos no se han referido nunca según su natural encadenamiento y con su verdadera significación, por cuanto no han sido jamás apuntados con arreglo á la correspondencia particular de Napoleón, de José, del mismo Clarke y de los mariscales. No era, pues, de extrañar que pareciesen inexplicables. Auxiliado por los referidos documentos he podido consignar los siguientes pormenores, de cuya autenticidad respondo, y cuyo colorido solamente he moderado para dar á conocer las pasiones de aquella época sin que parezca el lenguaje histórico bastardeado con ellas.

(N. del A.)

dido ser destinado á las órdenes del mariscal Víctor, habría podido situarle en la Mancha para tener allí á raya al ejército español del centro, y reunir á disposición de Víctor al general Sebastiani y al mariscal Mortier para habérselas con los ingleses, pues la modestia de este último permitía que se le emplease doquiera, en cualquiera posición, con tal que tuviese algún servicio que prestar. Sin duda alguna habrían bastado los tres cuerpos de Mortier, Sebastiani y Víctor para desbaratar á los ingleses; pero Napoleón estaba muy distante, y José no se atrevía á mandar nada por temor de ser desobedecido. Merced á cierto buen juicio militar de que estaba dotado, y á los prudentes consejos de su jefe de estado mayor Jourdan, tuvo la feliz idea de sacar al mariscal Ney de la falsa posición en que se encontraba, llamándole á Madrid para encargarle del mando del cuerpo de Sebastiani, que como queda dicho operaba en la Mancha. El mariscal Ney, cada vez más exasperado, quiso quedarse en Benavente, no pudiendo decidirse á dejar á sus soldados, con quienes le unía un recíproco afecto, y allí permaneció, en tal actitud con respecto á Soult, que era muy dudoso le obedeciese cuando de él recibiera alguna orden.

Sin embargo, Ney conocía demasiado bien sus deberes para negar la obediencia al mariscal Soult hasta tanto que Napoleón mejor informado pusiese á cada uno en el lugar que le correspondía; así que aún podía prometerse de la reunión de los tres cuerpos resultados satisfactorios. Pero si su separación había comprometido la primera mitad de la campaña de 1809, su reunión, igualmente funesta por razón del tiempo en que se mandó verificar, iba á hacer estéril la segunda mitad, siendo causa de que corriesen en España inútilmente torrentes de sangre desde febrero hasta agosto de aquel año fatal, como veremos en breve.

La situación de los ejércitos beligerantes de resultas de los últimos sucesos era la siguiente. La evacuación de Galicia por los dos mariscales Soult y Ney había entregado á los sediciosos todo el Norte de España. Salvo el principado de Asturias, donde el bizarro general Bonnet tenía á raya á los montañeses con unos pocos miles de hombres, toda Galicia, las provincias portuguesas de Tras os Montes y Entre Duero y Miño, la frontera de Castilla la Vieja hasta Ciudad Rodrigo y parte de Extremadura desde Ciudad Rodrigo hasta Alcántara eran de los españoles, de los portugueses y de los ingleses reunidos, además del Mediodía de la península que les pertenecía sin contraste. Los españoles hacían grandes esfuerzos por armar la plaza de Ciudad Rodrigo.

El destacamento de portugueses que sir Arturo Wellesley había hecho asomarse á Abrantes, se había restituido á Alcántara: el mariscal Víctor le había hecho salir de allí, y luego había vuelto por no haber querido el mariscal dejar una guarnición en la plaza, temeroso de perder fuerzas. Habiéndose Víctor replegado al Tajo después de saber los reveses sufridos por el mariscal Soult y la llegada de un numeroso ejército inglés á Portugal, el general español Cuesta revolvió desde el Guadiana al Tajo y luego al puerto de Mirabete enfrente de Almaraz. En la Mancha, el general Venegas, que había substituído á Cartaojal en el mando del ejército del centro, había avanzado hacia el cuerpo de Sebas-

tiani amagando una embestida. El rey José había á la sazón salido de Madrid con su guardia y una parte de la división Dessoles para caer sobre Venegas; mas éste se replegó al punto á Sierra Morena, después de lo cual regresó José á la capital, dejando el cuerpo de Sebastiani entre Consuegra y Madridejos y el de Víctor en el mismo Tajo desde Toledo á Talavera. No habían vuelto á maniobrar estas tropas desde las batallas de Medellín y Ciudad Real y desde las marchas que habían ejecutado en el Guadiana al Tajo en los meses de abril, mayo y junio, de modo que estaban descansadas, bien mantenidas y en excelente estado. Por lo que hace á la provincia de Aragón, de la que no hemos vuelto á hablar después del sitio de Zaragoza, y á Cataluña, que tampoco hemos nombrado desde las batallas de Cardedeu y Molins de Rey, es de saber que el general Suchet lidiaba en la primera contra los sublevados del Ebro, no desanimados por el asedio de su capital, y que el general Saint-Cyr había dado principio en la segunda á los sitios que se le habían ordenado, teniendo que sostener diariamente nuevos combates para llevarlos adelante.

Tal era el cuadro que en aquella sazón presentaba la guerra de España. Todo iba á depender de lo que hiciesen los ingleses. ¿Se dirigirá sir Arturo Wellesley como el general Moore á Castilla la Vieja para cortar la línea de comunicación de los franceses y obligarlos á evacuar el Mediodía de la península á fin de acudir al Norte? ¿O bien se dejaría caer sobre el Tajo, después de liberado Portugal y repelido Soult allende el Miño, para atajar los rebates que desde la batalla de Medellín podían temerse de parte del mariscal Víctor? Tal era la cuestión presente, que con dificultad podía resolver Madrid no sabiendo las instrucciones que llevaba el general inglés; pero que guiados por ciertos indicios resolvieron en su verdadero sentido el mariscal Víctor en Talavera y el mariscal Jourdan en Madrid, admitiendo como muy probable la vuelta de Wellesley al Tajo. Pensaron con razón que el general inglés no querría internarse en Galicia alargando desmesuradamente su línea de operaciones, ni abrir á los franceses la vía de Lisboa por Alcántara, y que en consecuencia preferiría con mucho regresar al Tajo para marchar con todas las fuerzas de España juntas sobre Madrid. Con esta mira no quiso José dejar que se acumulasen en Castilla la Vieja fuerzas en esta provincia inútiles, y mientras el mariscal Soult, revestido del mando general de los tres cuerpos, se ponía en disposición de hacerlos maniobrar de consuno, llevó al mariscal Mortier, usando de su propia autoridad real, de Valladolid á Villacastín, en la cima del Guadarrama, para que en dos ó tres jornadas pudiese ponerse en el Tajo, en Toledo ó en Talavera.

Al obrar de este modo el estado mayor de Madrid había entrevisto perfectamente las intenciones del general inglés. Éste, según instrucciones redactadas bajo el influjo de los reveses sufridos por el general Moore, tenía orden de no aventurarse mucho en España. Debía exclusivamente ceñirse á la defensa de Portugal y reducir á esto los auxilios prometidos á los españoles. Sólo debía atravesar la frontera portuguesa lo menos posible, en casos de necesidad urgente y cuando el buen éxito fuese casi seguro. Tan angustiosas eran sus ins-

trucciones en este punto, que había tenido que modificarlas para lograr alguna más libertad de acción, por lo cual se había detenido en la margen del Miño, y sabedor de que los franceses amagaban de una manera muy seria por el lado de Alcántara, había vuelto á bajar á marchas forzadas del Miño al Duero y de aquí al Tajo, oponiendo á las instantes reclamaciones de La Romana que le llamaba á Orense, las de Cuesta que le llamaba á Mérida. Hallábase á mediados de junio en Abrantes, disponiéndose á tomar por el Tajo arriba en cuanto recibiese elementos para abastecer de nuevo y reforzar su ejército, que mucho en verdad lo necesitaba después de la campaña que acababa de hacer en el Duero. Quejábase amargamente de carecer de dinero, de equipos y de pertrechos, por cuanto también el gobierno inglés, á pesar de su riqueza y de sus inmensos recursos, tenía á veces á sus soldados sin las cosas necesarias. Quejábase principalmente Wellesley de su ejército, al que con expresiones enérgicas acusaba (1)

(1) Reproduciré las expresiones textuales del duque de Wellington en su idioma original, que es el único medio de decir la verdad sin ofender á una nación noble que tantas veces nos ha acusado á los franceses de haber devastado la España, y que nos permitirá observar que no hemos sido nosotros los únicos.

«To the Right Hon. J. Villiers.

»Coimbra, 31st may, 1809.

»My dear Williers:

»I have long been of opinion that a British army could bear neither success nor failure, and I have had manifested proofs of the truth of this opinion in the first of its branches in the recent conduct of the soldiers of this army. They have plundered the country most terribly, which has given me the greatest concern...

»They have plundered the people of bullocks, among other property, for what reason I am sure I do not know, except it be, as I understand is their practice, to sell them to the people again. I shall be very much obliged to you if you will mention this practice to the Ministers of Regency, and beg them to issue a proclamation forbidding the people, in the most positive terms, so purchase anything from the soldiers of the British army.

»We are terribly distressed for money. I am convinced that 300,000 l. would not pay our debts; and two months pay is due to the army. I suspect the Ministers in England are very indifferent to our operations in this country...

»Believe me, etc.

»ARTHUR WELLESLEY.»

«To Viscount Castlereagh, Secretary of State.

»Coimbra, 31st may, 1809.

»My dear Lord:

»The army behave terribly ill. They are a rabbe who cannot bear success any more than Sir John Moore's army could bear failure. I am endeavouring to tame them; but if I should not succeed. I must make an official complaint of them, and send one or two corps home in disgrace. They plunder in all directions...

»Believe me, etc.

»ARTHUR WELLESLEY.»

«To Viscount Castlereagh, Secretary of State.

»Abrantes, 17th june, 1809.

»My dear Lord:

»I cannot, with propriety, omit to draw your attention again to the state of discipline of the army, which is a subject of serious concern to me, and well deserves the consideration of His Majesty's Ministers.

»It is impossible to describe to you the irregularities and outrages committed by the troops. They are never out of the sight of



de ser tan inmoderado en los triunfos como en los reveses, puesto que saqueaba indignamente el mismo país de que se llamaba libertador. Saqueaba, decía sir Arturo, no para vivir sino para atesorar, por cuanto vendía á los mismos pobladores los ganados que les robaba. Teníale reunido en Abrantes, aguardando á que llegasen de Gibraltar dos regimientos de infantería, uno de caballería y la brigada entera de Crawford, con lo cual esperaba proporcionarse de veintiséis á veintiocho mil hombres, todos presentes sobre las armas, para dirigirse por el Tajo arriba hasta Alcántara, adonde pensaba llegar á principios de julio y darse la mano con el general Cuesta, mientras el general Beresford, encargado de organizar el ejército portugués, custodiase el Norte

their officers, I may almost say never of the sight of the Commanding officers of their regiments, and the general officers of the army, that outrages are not committed; and notwithstanding the pains which I take, of which there will be ample evidence in my orderly books, not a post or a courier comes in, not an officer arrives from the rear of the army, that does not bring me accounts of outrages committed by the soldiers who have been left behind on the march, having been sick, or having straggled from their regiments, or who have been left in hospitals.

»We have a provost marshal, and no less than four assistants. I never allow a man to march with the baggage. I never leave an hospital without a number of officers and non-commanding officers proportionable to the number of soldiers; and never allow a detachment to march, unless under the command of an officer; and yet there is not an outrage of any description, which has not been committed on a people who have uniformly received us as friends, by soldiers who never yet, for one moment, suffered the slightest want, or the smallest privation...

»Believe me, etc.

»ARTHUR WELLESLEY.»

La traducción de estas cartas para los lectores que no sepan la lengua inglesa es como sigue:

«Al honorable J. Villiers.

»Coímbra, 31 de mayo de 1809.

»Mi estimado Villiers:

»Hacía mucho tiempo que pensaba yo que un ejército inglés llevaría con tan poca moderación un triunfo como un revés, y la conducta reciente de los soldados de este ejército es una prueba manifiesta de la verdad de esta opinión en cuanto á los triunfos. Han saqueado el país del modo más terrible, lo cual me ha causado gran pesadumbre...

»Entre otras cosas han robado todas las reses, sin más motivo al parecer que volvérselas á vender á los habitantes mismos á quienes se las han quitado, pues tal es su costumbre. Agradeceré á usted mucho ponga este hecho en conocimiento de los ministros de la regencia, rogándoles que prohiban á los naturales muy expresamente comprar cosa alguna á los soldados del ejército inglés.

»Tenemos gran penuria de dinero; conceptúo que no alcanzarán 300.000 libras para pagar nuestras deudas, y debemos dos meses de paga al ejército. Sospecho que nuestros ministros en Inglaterra miran con mucha indiferencia nuestras operaciones en este país...

»Créame usted, etc.

»ARTURO WELLESLEY.»

«Al visconde de Castlereagh, secretario de Estado.

»Coímbra, 31 de mayo de 1809.

»Mi estimado lord:

»El ejército se está portando horriblemente mal. Son estos soldados una canalla tan falta de moderación en el triunfo, como lo fué en la adversidad el ejército de sir John Moore. Hago cuanto

de Portugal con las nuevas levas y el destacamento inglés que tenía á sus órdenes.

Era, pues, muy prudente la resolución tomada por el estado mayor de Madrid de concentrar las fuerzas francesas en el valle del Tajo, al sospechar la aproximación de los ingleses en la misma dirección. Desgraciadamente la reunión de los tres cuerpos bajo el mariscal Soult iba á ser un obstáculo fatal para esta resolución, de modo que así como se había sentido que no estuviesen reunidos tres meses antes, ahora iba á sentirse mucho que lo estuviesen. Aunque al mariscal Soult se le había conferido el mando antes de tenerse noticia de los acontecimientos de Oporto, por lo cual podía aún temer este mariscal los efectos de los informes enviados á Schenbrunn en el ánimo de Napoleón, sin embargo mostrábase muy satisfecho de tener á sus émulos bajo sus órdenes; y envanecido con la autoridad que se le daba, imaginó un plan vasto, poco adecuado á las circunstancias, que comunicó al rey José, pidiéndole diese órdenes para su inmediata ejecución. Como este plan no se llevó á cabo, no sería preciso que de él se hiciese mérito, si no hubiese sido la causa que impidió después la reunión de las fuerzas francesas en el campo de batalla donde se decidió la suerte de la campaña. En pocas palabras reduciase á lo siguiente.

Suponia el mariscal Soult que los ingleses, cansados de su expedición por el Duero y el Miño, iban á detenerse, y que esperarían para volver á entrar en acción el momento en que, terminadas las cosechas, pudiesen los españoles y portugueses incorporarse con ellos, con lo cual la renovación de las operaciones militares se fijaba para septiembre. Según él, pues, había tiempo su-

puedo por sujetarlos, pero si no lo consigo tendré que dar una queja oficial de ellos, y enviar á Inglaterra uno ó dos cuerpos castigados. No cesan de robar.

»Creedme siempre, etc.

»ARTURO WELLESLEY.»

«Al visconde de Castlereagh, secretario de Estado.

»Abrantes, 17 de junio de 1809.

»Mi estimado lord:

»No puedo menos de llamar de nuevo vuestra atención hacia el estado de la disciplina del ejército, que es negocio que me ocupa desagradablemente y que merece fijar la consideración de los ministros de Su Majestad.

»Imposible me es describirlos todos los desórdenes y violencias que nuestras tropas cometen. En cuanto pierden de vista á sus oficiales, y hasta pudiera decir á los jefes de los cuerpos y oficiales generales del ejército, al punto se entregan á sus excesos; y á pesar de todo mi cuidado y solicitud, que atestiguan ampliamente mis libros de órdenes, apenas recibo un despacho ó un correo que no me traiga algún informe de ultrajes cometidos por los soldados que quedaron rezagados, ya por haber entrado en los hospitales cansados ó enfermos, ya por haberse desviado de sus regimientos.

»Tenemos un preboste principal y nada menos que cuatro asesores. No consiento á nadie que lleve bagaje; no dejo jamás un hospital sin el número de oficiales proporcionado al de los soldados que contiene; no dejo jamás marchar un destacamento no yendo mandado por un oficial, y sin embargo no hay ultraje, de cualquier género que sea, que no hayan cometido, contra una población que nos ha abierto los brazos con cordialidad de amiga, nuestros soldados que, hasta el presente, no han padecido la menor privación.

»Creedme siempre vuestro, etc.

»ARTURO WELLESLEY.»

ficiente para prepararse; y como se le encargaba muy especialmente, al reunir bajo su autoridad los tres cuerpos de ejército del Norte, que repudiese á los ingleses fuera de la península, proponíase operar por la línea de Ciudad Rodrigo y Almeida sobre Coímbra. Esta era en su opinión la verdadera vía para penetrar en Portugal. Con esta mira había que emprender inmediatamente el sitio de Ciudad Rodrigo y después el de Almeida, y emplear en apoderarse de estas dos plazas el tiempo de descanso con que se contaba. Comprometíase á lograrlo con los cincuenta ó sesenta mil hombres que iba á tener bajo sus órdenes, y hechas estas dos conquistas, se proponía entrar en Portugal. Pero para poder operar con seguridad, necesitaba, suponía él, otras tres nuevas concentraciones de fuerzas: una formada con tropas de Aragón y Cataluña (donde es sabido que los generales Suchet y Saint-Cyr no se mantenían sino á muy duras penas) que le suministrase un cuerpo de observación en el Norte; otra formada con parte de las tropas reunidas en el valle del Tajo (las cuales eran allí indispensables) para que le cubriese el flanco hacia Alcántara, y otra finalmente formada con la reserva de Madrid (donde sólo quedaba una escasísima guarnición cuando José se hallaba ausente) para que le sirviese de retaguardia después de internarse en Portugal. Pedía además el mariscal Soult la reunión de un tren de sitio y una suma considerable para preparar su material de guerra. Así que, para tomar una plaza que podría quizás servir algún día en las operaciones contra Portugal, y para hacer cara á los ingleses en el mes de septiembre en una provincia donde no había certeza de tropezar con ellos, era menester abandonarles inmediatamente el Tajo por el cual iban marchando, y dejar á Madrid, Aragón y Cataluña sin tropas. El rey José y el mariscal Jourdan, considerando semejante plan como inadmisiblemente, respondieron que no era posible sacar un solo hombre de Aragón y Cataluña sin exponerse á perder estas provincias; que las fuerzas que quedaban en Madrid bastaban apenas para reforzar de tiempo en tiempo los cuerpos del general Sebastiani y del mariscal Víctor; que la sola presencia de estos dos cuerpos en el Tajo era bastante para cubrir el flanco del mariscal Soult hacia Alcántara; que además los ingleses, en vez de aplazar sus operaciones hasta septiembre, no tardarían en revolver sobre el Tajo, por lo cual allí era donde principalmente convenía operar y no en la línea de Ciudad Rodrigo y Almeida; que no había dinero, que el rey subvenía á sus indispensables gastos con la plata que se fundía en la casa de la moneda, y que últimamente, puesto que el mariscal quería comenzar por el sitio de Ciudad Rodrigo, se haría todo lo posible para proporcionarle un tren de gruesa artillería.

Lo peor de sus proyectos fué la orden dada al mariscal Mortier de dejar á Villacastín por Salamanca. Reclamó José contra esta orden, juzgando con razón que una vez trasladado el mariscal á Salamanca, sería atraído hacia la esfera de acción de un ejército que según los planes de su jefe iba á quedar largo tiempo inútil, al paso que desde Villacastín podía, esperando que estuviesen dispuestas á maniobrar las fuerzas del mariscal Soult, prestar servicios decisivos en el Tajo. Pero el mariscal Soult insistió, y fué preciso privarse del mariscal Mortier, que de este modo tuvo que abandonar un pun-

to donde su presencia pudo traer inmensas ventajas, como veremos en breve.

Efectivamente, contra todas las previsiones del mariscal Soult, no fué el mes de septiembre el que escogieron los ingleses y españoles reunidos para reaparecer en el teatro de la guerra, sino que lo hicieron inmediatamente, esto es, en los primeros días de julio, en cuanto reunieron todos los recursos que esperaban. Sir Arturo Wellesley, como era de presumir, andaba en contestaciones con el estado mayor español respecto del modo de operar en el Tajo. D. Gregorio de la Cuesta, que temía siempre verse solo delante de los franceses, quería que á todo trance se le incorporase el ejército inglés en el Guadiana y diese un largo rodeo que le obligase á bajar hasta Badajoz para volver á subir después hasta Mérida. Creyendo que el mariscal Víctor continuaba entre el Tajo y el Guadiana, quería Wellesley por el contrario seguir un plan mucho más natural y fecundo en resultados, cual era tomar el valle del Tajo hacia arriba por Abrantes, Castello-Branco y Alcántara, envolver al mariscal ocupando el valle á sus espaldas y llegar á Madrid quizás antes que él. Bastaba para lograrlo que Cuesta contuviese á Víctor en el Guadiana simulando una acometida, y no temiese presentarse solo delante de los franceses por unos cuantos días. Pero el regreso del mariscal Víctor desde el Guadiana al Tajo cortó todas las contestaciones. Convínose entonces en que el general inglés y el español verificarían su anexión en la margen del Tajo entre Alcántara y Talavera, tomando el primero de Abrantes á Alcántara por el antiguo camino que había seguido Junot, y el segundo del Guadiana al Tajo por Trujillo y Almaraz, y que después de verificado esto se reconcentrarían para que su reunión produjese consecuencias decisivas.

Con arreglo á esta determinación, habiendo sir Arturo Wellesley recibido de Gibraltar algunas tropas más que esperaba y los recursos que con urgencia necesitaba de pertrechos y dinero, salió el 7 de julio de Abrantes y se adelantó por Castello-Branco, Rosmaniñal y Zarzamayor, á Extremadura. Hallábase el 3 de julio en Zarzamayor, el 6 en Coria y el 8 en Plasencia. Llegado á este punto, resolvió incorporarse con Cuesta y se trasladó á su cuartel general del puerto de Mirabete en el Tajo. Tenía orden de no mantener con los generales españoles sino las menos relaciones posibles por causa de su desmedida jactancia; de no entenderse con los ministros de la junta sino por medio del embajador de Inglaterra, que residía en Sevilla; de no multiplicar en suma, sin una necesidad imperiosa, relaciones siempre desagradables y ocasionadas á continuas discordias. Bastaba una entrevista con D. Gregorio de la Cuesta para poder apreciar las instrucciones de su gobierno. Este general, dominando momentáneamente la versatilidad de la revolución española, se conducía á la sazón como un dictador, y trataba con singular arrogancia á la Junta de insurrección, que todos por otra parte deseaban ver substituída por las Cortes. Hasta se aseguraba que iba Cuesta á anticiparse al general deseo, destituyendo á la Junta y creando un gobierno á su manera. Su altanería para con sus aliados correspondía de lleno con estas suposiciones. Mediaron largos debates para poder fijar con este personaje un plan de operaciones medianamente racional. El que á primera vista se ofre-



cía, y sobre el cual era imposible no hubiese conformidad, era reunir entre Almaraz y Talavera, ó bien entre Talavera y Toledo, á los tres generales Wellesley, Cuesta y Venegas para marchar todos juntos sobre Madrid. Valuábanse las fuerzas de Venegas en la Mancha en diez y ocho mil hombres, las de Cuesta en treinta y seis mil, y las de sir Arturo Wellesley en veintiséis mil, dejando á un lado toda exageración: fuerza imponente y que pudiera haber sido funesta para los franceses á no estar compuesta en más de sus dos terceras partes de tropas españolas. Acordes en cuanto á la reunión, faltaba saber cómo se verificaría. Siguiendo en esto el juicioso consejo de Wellesley, convínose en que Venegas haría el 20 ó 22 de julio un poderoso amago contra Madrid, procurando pasar el Tajo en las cercanías de Aranjuez, para que, atraídos los franceses hacia la parte superior del río, pudiese reunirse el ejército inglés con el principal ejército español, que era el de Cuesta; y se concertó últimamente que después de verificada esta primera anexión se tomarían las dos orillas del Tajo río arriba para incorporarse al fin con Venegas en las cercanías de Toledo. Hubo un punto que fué materia de grandes altercados. Mientras se maniobraba en el Tajo, era menester guarecerse por el lado de Castilla la Vieja, por donde podía muy bien asomar el mariscal Soult. El valiente general Franceschi, que había caído en poder de un famoso guerrillero llamado el Capuchino, y que había sido muy maltratado por este bandido, era para el general inglés la prueba segura de la llegada del mariscal Soult á Zamora; pero Wellesley creía que el mariscal Soult tardaría mucho tiempo en rehacerse é ignoraba la concentración de fuerzas que acababa de verificarse en sus manos. Entendía, pues, que con guardar los dos puertos de Perales y Baños por donde se sale desde Castilla la Vieja á Extremadura, no habría nada que temer por aquel lado: comprometíase por su parte á hacer custodiar el puerto de Perales, que era el más próximo á Portugal, con destacamentos de Beresford; pero el de Baños, como más próximo á Cuesta, le parecía que debía ser defendido por tropas españolas. Tenía para esto una razón poderosa, que era no diseminar las tropas inglesas, únicas con las cuales podía contarse para un día de batalla campal, y disponer para los usos secundarios de los españoles, cuyo número era de poca importancia en un reencuentro decisivo, puesto que generalmente eran más embarazosos que útiles. Después de mucho disputar se logró la conformidad, y se envió al general Wilson con fuerza mixta de españoles é ingleses á las montañas que separan á Extremadura de Castilla para cubrir el flanco á los ejércitos combinados. Disputóse luego acerca de los víveres y bagajes que los españoles habían ofrecido suministrar á los ingleses bajo cierto estipendio, y que no les entregaban ya ni aun por dinero, y á tal punto llegó el altercado, que viendo Wellesley á los españoles bien provistos de todo y á sus soldados sufriendo toda clase de privaciones, amenazó retirarse si no se le facilitaba en adelante con más puntualidad lo que había menester: á lo que los españoles contestaron que los ingleses no se satisfacían jamás con nada, que no sabían más que quejarse, y que lo que ellos llamaban miserias era abundancia para los españoles; contradicción que explicaba fácilmente la diferencia de sus costumbres y modo de vivir.

Arregladas las cosas de cualquier modo, volvió sir Arturo Wellesley á Plasencia el 13 de julio, y después de haber dado el tiempo necesario para reunirse á los destacamentos que quedaban aún rezagados, marchó al Tietar, que pasó sin obstáculo el 18 de julio. Encaminóse á Oropesa, se reunió con Cuesta por los puentes de Almaraz y del Arzobispo y repelió las retaguardias del cuerpo de Víctor sobre Talavera, donde entró el 22 de julio. Bien hubiera querido Wellesley acometer á los franceses en seguida sabiendo que no estaban aún concentrados y prometiéndose desbaratar con el ejército combinado que subía á más de sesenta mil hombres (veintiséis mil ingleses y treinta y seis mil españoles) á los veintidós mil franceses del mariscal Víctor; pero Cuesta protestó no hallarse preparado, y el cuerpo de Víctor pudo retirarse tranquilamente transponiendo el Alberche, riachuelo que baja de las montañas al Tajo algo más allá de Talavera.

En aquel momento supieron los franceses de una manera precisa la marcha de los generales coligados y la reunión de los ejércitos ingleses y españoles por los pasos de Almaraz y del Arzobispo. Hacía quince días que tenían aviso del movimiento de Wellesley hacia Abrantes y Alcántara, pero estaban en dudas sobre su dirección ulterior, sobre su incorporación futura con los españoles y sobre su plan de campaña. Ahora el plan era evidente, y desde el 20 ó 21 de julio lo participó el general Víctor al gobierno de Madrid. Ignorando si tendría ó no quien le apoyase, había repasado el Alberche, y estaba decidido á retroceder más todavía, hasta abrigarse de otro riachuelo que se precipita en el Tajo desde las alturas del Guadarrama, cuyo nombre lleva.

Advertido José el 22 é ilustrado con los consejos del mariscal Jourdan, tomó al punto su partido y se decidió á salir con todas sus fuerzas al encuentro del ejército combinado. Nada en verdad era más acertado. Tenía á su disposición el cuerpo del general Sebastiani (cuarto cuerpo), que después de destacar tres mil hombres para la guarnición de Toledo contaba aún diez y siete ó diez y ocho mil soldados excelentes; tenía el del mariscal Víctor, que, descontentadas todas las bajas, reunía veintidós mil nada inferiores, y podía por último sacar de Madrid una brigada de la división Dessoles, su guardia, y alguna caballería ligera, formando una reserva de cinco mil hombres y catorce bocas de fuego: con lo que juntaba un total de cuarenta y cinco mil hombres de los mejores. Manejada esta fuerza por un general hábil, hubiera sido más que suficiente para desbaratar al ejército combinado, que era de sesenta y seis ó sesenta y ocho mil hombres, contando el destacamento del general Wilson, situado en las montañas, pero de los cuales sólo veintiséis mil eran verdaderos soldados. Hasta seguro habría sido el éxito, cualquiera que fuese el general que mandara nuestras tropas, si el mariscal Mortier, que quedaba en Villacastín, hubiese podido ponerse en dos jornadas en Toledo. El refuerzo de diez y ocho ó veinte mil veteranos habría dado al ejército francés tal superioridad, que el anglo-español no hubiera podido resistirle. Pero esta inestimable ventaja fué desgraciadamente sacrificada á la idea de refundir los tres ejércitos del Norte en uno solo: idea concebida por Napoleón á seiscientas leguas del teatro de la

guerra y tres meses antes de la sazón en que habían de tener lugar los acontecimientos. Podían sin embargo evitarse todavía los inconvenientes de esta reunión intempestiva, mandando á Soult avanzar de Salamanca á Ávila para venir á situarse entre Madrid y Talavera, y si no era posible reunir inmediatamente sus tres cuerpos, encaminar el primero de los tres que estuviese pronto, reservándose enviar sucesivamente los otros dos. Aunque sólo llegase el del mariscal Mortier, que hacía mucho tiempo estaba dispuesto, era bastante para asegurar á José una superioridad decisiva. José y el mariscal Jourdan concibieron en efecto esta idea; pero juzgando que el dirigir las fuerzas del mariscal Soult hacia Madrid ocasionaría una gran pérdida de tiempo, y que haciéndole desembocar directamente de Salamanca sobre Plasencia podría hallarse para el 30 ó 31 de julio á espaldas de los ingleses, prefirieron darle esta última orden á mandar le desembocar por Ávila entre Talavera y Madrid. Ofrecía esto el inconveniente de presentarse al enemigo en dos masas, encaminadas á Talavera y yendo una por el Tajo arriba desde Almaraz y otra río abajo desde Toledo, ofreciendo de este modo á sir Arturo Wellesley si se situaba entre ambas la posibilidad de batirlas una tras otra, como lo había hecho tantas veces el general Bonaparte en los contornos de Verona. Pero Wellesley, aunque excelente capitán, no era el general Bonaparte, y sus soldados particularmente no marchaban como los soldados franceses. Tenía sólo veintiséis mil ingleses, y con este número no podía batir unos después de otros á los cuarenta y cinco mil hombres de José y á los cincuenta mil que debía conducir el mariscal Soult. Si éste recibía el 24 de julio la orden enviada el 22 y emprendía su marcha el 26, lo cual no era imposible, para el 30 de julio podía hallarse en Plasencia; y cogido el ejército inglés por retaguardia al mismo tiempo que se le acometiese por el frente, no podía menos de sucumbir. Aun cuando el mariscal Soult no pudiese reunir el cuerpo del mariscal Ney situado cerca de Benavente, bastaba que marchase con su cuerpo, que debía en la actualidad subir á veinte mil hombres, con el del mariscal Mortier que tenía al pie de diez y ocho mil, para desbaratar á Wellesley que sólo reunía veintiséis mil y que probablemente ya estaría vencido ó en la precisión de batir retirada separado de los españoles cuando tuviese lugar el encuentro. El rey José comisionó al general Foy para que llevase al mariscal Soult las instrucciones de que acabamos de hacer mérito, con la instante súplica de que se pusiera inmediatamente en camino, y el general Foy volvió del campo de Soult afirmando repetidas veces que éste podría hallarse donde se quisiese y en la época señalada (1). Mandó en seguida José al general Sebastiani que se dirigiese por Toledo sobre Talavera á socorrer al mariscal Víctor, y en la noche del 22 al 23 partió con su reserva de cinco mil hombres hacia el mismo punto de reunión. Dejó al general Belliard en Madrid con la segunda brigada de Dessoles y gran número de enfermos y convalecientes, que podían todos en caso necesario hacerse fuertes en el retiro por algunas semanas. Se mandó que un regimiento de dragones reco-

(1) Escribo esto con arreglo á las Memorias del mariscal Jourdan y á la correspondencia de los mismos mariscales.

(N. del A.)

riese las márgenes del Tajo á uno y otro lado de Aranjuez para dar aviso así que asomase Venegas, y los tres mil hombres destacados del cuerpo del general Sebastiani se encargaron de guarnecer á Toledo; de modo que estaban tomadas todas las precauciones desde el nacimiento del Tajo hasta Talavera, á la izquierda del ejército francés, para detener la marcha de Venegas mientras se hiciese cara á Cuesta y Wellesley reunidos. Estas disposiciones, que revelaban los consejos de un militar de experiencia cual era Jourdan, y que tanto hablaban en favor del recto juicio de José por haberlas adoptado, podían, si se cumplían bien, acarrear la total destrucción de los ingleses, puesto que iban á verse acometidos por cuarenta y cinco mil hombres de frente y treinta y ocho mil por retaguardia en la hipótesis menos favorable; porque en efecto, ¿qué podían hacer sesenta y seis mil hombres, entre los cuales sólo la tercera parte eran verdaderos soldados, contra una masa de fuerzas semejante?

Partió José de Madrid en la noche del 22 al 23 de julio, marchó sobre Illescas, y el 25 llegó á Vargas, á poca distancia del riachuelo Guadarrama, sobre el cual se había replegado Víctor para reunirse con Sebastiani. El día 25 se reunieron un poco más allá de Toledo y en el mismo pueblo de Vargas, las tres masas de Víctor, Sebastiani y José (llevaba Víctor veintidós mil quinientos cuarenta y dos hombres, Sebastiani diez y siete mil seiscientos noventa y José cinco mil sesenta y siete). Si no se hubiera contado con la pronta llegada del mariscal Soult á Plasencia, habría sido más prudente no adelantarse tanto y situarse en posición de defender á Madrid contra cualquier tentativa de Venegas, escogiendo al propio tiempo una buena posición defensiva para obligar á los ingleses á hacer la guerra que menos podía acomodarles, que era la ofensiva. Con esto habría tenido Soult tiempo suficiente para prepararse y presentarse en el teatro de los acontecimientos. Pero como se esperó con demasiada confianza el próximo apareamiento de Soult en Plasencia, y no se tuvieron en cuenta lo necesario las dilaciones imprevistas que suelen en la guerra dejar fallidos los mejores cálculos, no se vaciló en arrojar á los coligados de Madrid, marchando en derechura sobre ellos é impeliéndolos sobre Orense y Plasencia, donde se creía segura su pérdida. Así fué el resolver que se avanzase al día siguiente y se volviese á tomar la ofensiva con energía. Las noticias del mariscal Soult eran excelentes: desengañado al fin respecto de la época fijada por los ingleses para entrar en acción y renunciando á sus primeros proyectos, había escrito con fecha del 24 que su cuerpo y el de Mortier podían salir de Salamanca el 26, con lo cual aun dejando atrás al mariscal Ney, podía llevar á espaldas de los ingleses para el 30 ó 31 una masa de fuerzas suficiente. Con esta noticia, se siguió avanzando todavía con mayor confianza, impeliendo á los coligados hacia el abismo que se suponía les esperaba en Plasencia.

Don Gregorio de la Cuesta, que el 23 no había estado pronto para atacar al mariscal Víctor, aislado entonces, se había animado mucho viendo á los franceses ir en retirada, y había pasado el Alberche tras ellos persiguiéndolos enérgicamente y escribiendo á su aliado Wellesley que no era posible alcanzar á los malvados franceses por la velocidad con que huían. Siguió avan-